

196629
A S

ES PROPIEDAD DEL EDITOR



BIBLIOTECA PUBLICA

Imp. Elzeviriana de Borrás y Mestres, Rambla Cataluña, 14



La tirria del Tribunal

A Mario Bretón

Que sale mal es porque le da la gana, no seáis pazguatos. Yo me he examinado mil veces sin saber una jota, y siempre he salido bien del apuro. La cuestión es no callarse: cuando se ignora una respuesta, se inventa, se escurre uno á otra lección: todo menos cerrar el pico; porque ; naturalmente! el tribunal no puede aprobar al que no despliega los labios. ; Pero como charlés de firme, os respondo de que no saldréis nunca suspensos!... ¿Quién me da lumbre?

El estudiante más próximo le ofreció su cigarro, encendió Félix el suyo, escupió la poca saliva que después de su peroración le quedaba, y sacudiendo con la uña del

meñique de la mano izquierda la ceniza del pitillo, comenzó el rapazuelo á echar humo por la boca y narices, con la misma fachenda que un carabinero reenganchado. Hombreado ya, y aun no habian soltado el cascarón los muy mocosos, fumaban también los demás alumnos del corro; pero en sus rápidos ademanes se les conocía la impaciencia nerviosa que les devoraba. No se descubría en el pelotón ni una cara alegre, y todos los ojos se volvían á la puerta del aula, temiendo y deseando á la vez el momento en que las esfinges del tribunal les reclamasen. Sólo Félix permanecía reposado y tranquilo. Por fin, el bedel del Instituto asomó al extremo del claustro, se escurrió por entre los chicos, gritó con voz ronca: — ¡Los de geografia! — y con su llavin de cruz franqueó la entrada á la clase, en la que se precipitó la turba estudiantil con el rumor de una ola.

Graves, enfáticos, ceñudos, muy serietes, enfrascado el secretario del tribunal en el montón de los libros de matrícula, repantigado en su asiento el presidente, atisbando á la concurrencia el tercer vocal á través de los gruesos cristales de sus anteojos, aguardaban los jueces á los alumnos

detrás de la mesa del suplicio, enhiesta sobre la clásica tarima separada del resto de la habitación por una airosa baranda de hierro. Sus grandes ventanas, abiertas al jardín del edificio, dejaban penetrar en la estancia una luz difusa y suave.

Atropellándose por coger buenos sitios, colocóse el aluvión de alumnos en la cuesta de bancos del aula, pidió el secretario las papeletas personales y comenzó el acto. Un granadero como de diez años, ruboroso y tímido, fué quien rompió marcha; más colorado que amapola de mayo, sacó las tres clásicas bolas y apenas si contestó balbuciendo á las tres preguntas que el tribunal le hizo. — ¡Este es de los tontos! — pensó para su capote Félix, al oír las cortas explicaderas del examinando.— ¡Milagrillo será que no le revienten! Examináronse luego cinco ó seis rapaces, y, al fin, el secretario del tribunal grito con voz clara:

— D. Félix Rodríguez.

Adelantóse el muchacho con pie seguro, subió las escalerillas del estrado, cogió á tientas las bolas en el verde saquito que las contenía, y, buscando en el programa la primera de las lecciones, dijo Félix á la vez que se sentaba en la banqueta de examinandos:

— « Cometas: su diferencia de los planetas: constitución, etcétera. » ¡Vaya una suerte atravesada! — murmuró el chico, sin saber por donde entrar en materia. — ¡Cometas! ¿Qué será eso?

El no conocía más cometas que las que echaba á volar en las tardes de novillos. ¡Cometas, cometas! ¡Ah, sí! ¡Ya se acordaba! ¡Cometas eran unos astros! Y fiel á sus propósitos, empezó el rapaz, como una taravilla, sin hacer otra cosa que glosar los epígrafes del programa:

— Los cometas son unos astros que se diferencian de los planetas en su constitución... en su constitución... y su constitución hace que se diferencien entre sí y separadamente, y...

El presidente atajó semejante charla y preguntó al muchacho:

— ¿Podría V. citarme algún cometa? Ya sabe usted que se caracterizan por tener cola.

Félix no respondió al pronto. ¡Cualquiera daba con el nombre que se le pedía! Lo que menos se había metido él nunca, era en averiguar si los cuerpos celestes se llamaban de algún modo. Pero lo de la cola le iluminó la mente: acordóse del nacimiento que en su casa ponían por

Navidad, y, sin pararse en pelillos, replicó el mocete:

— Sí, señor: la estrella de los Reyes Magos.

— Pase V. á otra lección, — siguió el presidente, impertérrito, aunque mirando con fijeza al alumno.

Félix volvió rápidamente las hojas del programa, llegó al punto buscado, y exclamó:

— « América: extensión: límites, etc. »

¡Gracias á Dios que le salía algo decente. ¡Ahora, ahora sí que iba á lucirse! ¡Cómo que su terreno era la geografía general! Pero ¡qué cosa tan rara! Pues ¡no se le había olvidado la lección de improviso! ¡Nada, que no se acordaba ni de media sílaba! ¡Si lo que le acontecía á él no le sucedía á nadie! ¡Ea! Su sistema: lo peor que podía hacer era coserse la boca. Y con grandísimo desparpajo comenzó:

— La América es una de las partes del mundo. Confina al Norte con el polo Norte, al Sur con el polo Sur, al Este con el polo Este y al Oeste con el polo Oeste. Está dividida en cuatro grandes regiones: los Estados Unidos del Norte, Estados Unidos del Sur, Estados Unidos del Este y Estados Unidos del Oeste; y los mares que la bañan

son el del Oeste, el del Este, el del Sur y el del Norte.

Detúvose el chico un instante para tomar aliento; y el presidente del tribunal, dudando entre soltar la risa ó incomodarse ante la colección de sandeces que el examinando soltaba, le preguntó de nuevo:

— Dígame V.: ¿está V. seguro de que los polos son cuatro?

— Sí, señor, — replicó Félix. — Tantos como puntos cardinales.

— Perfectamente. Siga V. con América: sus ríos principales. ¿Serán también el del Norte, el del Sur...!

— No, señor, — interrumpió el muchacho. — Son el Colorado, el Azul y el Verde en el Norte; y el Plata, el Oro y el Cobre en el Sur. El Este y el Oeste no tienen ríos.

No necesitaba el tribunal seguir el examen para apreciar los conocimientos geográficos del niño. Pero, queriendo acaso medir su desvergüenza, díjole el presidente con irónica sonrisa:

— ¡Muy bien, muy bien! A ver: dos palabras de la tercera lección y queda V. despachado.

La tercera bola se refería á Rusia. Rece-

loso de la amabilidad de los jueces, buscó Félix en el programa los epígrafes oportunos. ¡Debió tenerlos anotados al margen con letra muy menudita trazada con lápiz! ¡Vana esperanza! ¡Ni un sólo apunte manchaba la blancura del papel en el sitio de la lección de Rusia! ¡Cómo había padecido distracción tan supina! ¡Demonio de olvido!

El presidente se adelantó esta vez al alumno y le interrogó con meliflúo tono:

— Veamos, Sr. Rodríguez: ¿dónde se halla Rusia?

— En Europa.

— Así es. Y ¿cual su capital?

Félix, vaciló un momento, y dijo con decisión, dominando las zozobras que comenzaban á roerle el ánimo:

— Stockolmo.

¡Chúpate esa! Creías que lo ignoraba: ¿eh? Pues te has lucido. Félix, no tuvo tiempo de hilvanar más reflexiones; pues el presidente, aquel maldito verdugo más que juez, que no se cansaba nunca de preguntarle con una insistencia irresistible, le acosó de nuevo, diciéndole con burlón acento:

— Y Stockolmo, pertenece á la Rusia africana: ¿no es verdad?

¡La Rusia africana! Jamás había oído tal especie. Pero cuando el presidente del tribunal lo afirmaba, verdad sería; y no atreviéndose á negarlo, exclamó el rapacín con tibieza:

— Sí, señor.

— ¡Magnífico! Y ¿qué mares notables posee Rusia?

El examinador recalcó ya sus palabras sin ningún rebozo, y, venteando Félix la tormenta, á pique estuvo de guardar silencio. Pero se acordó de su sistema: peor era callarse; y á la desesperada y acobardado, murmuró:

— El Blanco y el Negro.

— Sí, señor, — dijo el presidente recostándose en su silla. — Es V. muy aficionado á los colorines. Basta. ¡Vaya V. con Dios!

Félix se levantó de su asiento sin que le repitieran la orden, y se salió del aula. Con mano temblona se limpió el copioso sudor que por la frente le corría, sacó un cigarro, lo encendió, y, aparentando una calma que desmentía su acento trémulo, exclamó dirigiéndose á sus compañeros:

— ¿Qué nota os parece á vosotros que me darán?

— ¡Suspenseo! — replicaron á coro sus

amigotes y camaradas con la brutal franqueza de los pocos años. ¡Si no había respondido más que disparates! A la verdad, Félix, no las tenía todas consigo. El recuerdo del rostro burlón del presidente le desconcertaba. Pero, por otra parte, el no haber callado un momento le animaba á esperar en el triunfo. Por fin, se concluyeron los exámenes, quedóse solo el tribunal, y los chicos, alicaídos y mustios como nunca, temblándoles las piernas de miedo, se apelonaron á la puerta del aula. Media hora, treinta eternos minutos, duró la calificación. Al cabo sonó el timbre, entró el bedel en la clase, volvió á salir á la galería con las notas en la mano, arrojáronse sobre el dependiente los muchachos como manada de hambrientos lobos, y, arrebatándole el más listo las papeletas, se subió á un banco y empezó á leer á gritos las calificaciones:

Juan López: aprobado.

Pedro Mínguez: aprobado.

Roque Alonso: notable.

Félix Rodríguez: suspenseo.

Félix, que se empinaba sobre las puntas de los piés para no perder ripio, palideció, cayósele el cigarrillo de la boca, rechinó los dientes y se apartó del grupo, abatido

y murmurando con voz furiosa: — ¡Eso es una injusticia! ¡Juan López no ha abierto apenas los labios y ha salido bien! — Y como uno de sus compinches, acercándose al mozo, le preguntara con irónico acento: — ¿No decías que no callando nunca en el examen era segura la aprobación? — mirándole con ojos terribles, y apartándose de su camarada con un ademán brusco, balbuceó el rabioso Félix la excusa de todos los suspensos:

— ¡Es que me tenía tirria el tribunal!



La ropa de la lluvia

No tenía más remedio que mojarse, ya se lo sospechaba él cuando saliendo de la fresneda al camino no le robó la vista del cielo bóveda alguna de ramaje. ¡Y menudo que iba á ser el chubasco! Aquella nube plumiza, compacta, espesa, que obscurecía el atajo como si estuviera anochecido y que parecía galopar sobre la cabeza del chico, producíale una zozobra abrumadora y le obligaba á mirar de cuando en cuando hacia arriba... Daba miedo atisbar por entre los árboles los girones grises que descubrían las ramas.—Nada, no tardaba en llover ni cinco minutos... Los pájaros volaban á refugiarse en los aleros, algunos gazapillos que saltaban entre las matas, corrían á las madrigueras, las copas se doblaban

sacudidas por el viento... remolinos de sucia tolvanera se levantaban en el aire..... cayó una gota anchísima, redonda, que pareció horadar el piso, luego cuatro ó seis que se quedaron columpiando en el musgo. — Ya empezaba, ya, de recio. — De pronto como si la volcaran se desgajó la nube en un turbión deshecho que apedreó con violencia las frondas.

¡Vaya un chaparrón formidable!— ¿dónde diantres se refugiaría para librarse de la embestida del aguacero? — La cosa es que no había ningún lugar en que meterse.—El muchacho se amparó en la pared de una cerca, se acurrucó y allí, escudado del viento y resguardado como pudo bajo el bardal esperó á que pasase la turbonada, defendiéndose con la gorra del ruidoso chaparrón y escudándose así la cara contra la lluvia, cada vez que cambiaba el aire. Todo se cubrió de agua en un momento; la tierra se empapó; por aquí se formaron charcos, por allá arroyos; comenzaron á escurrir troncos y ramas y la hilada de gotas seguía bajando, bajando!

Al cabo de un rato, en la lejanía, resplandeció tras la cerrazón algo muy luminoso que luchaba por horadar el nublado, lo horadó al fin, hizole un agujero tremen-

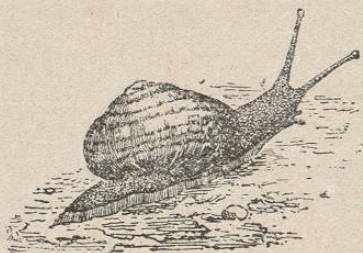
do que dejó ver el azul del horizonte y por la rotura se coló el sol metiendo en tropel su abanico de rayos que se esparcieron por el lugar ávidos de sacarle brillo á las humedecidas frondas y de quebrarse en las hojas cuajadas de puntas de diamante...

Pero no había que cantar victoria; el sol no arramblaba con el temporal; la lluvia aunque amainó un poco siguió cayendo; el chico entonces apartó la gorra, miró enfrente y por casualidad, enhiesto sobre un pedrusco, vió un desvergonzado caracol que asomaba su cornuda cabeza por el agujerillo de su caparazón como si se impacientara con la insistencia del aguacero. El animalillo parecía complacido del sol; le bañaba un rayo y diríase que se regodeaba bañándose en su luz y disfrutando de su tibio calor.

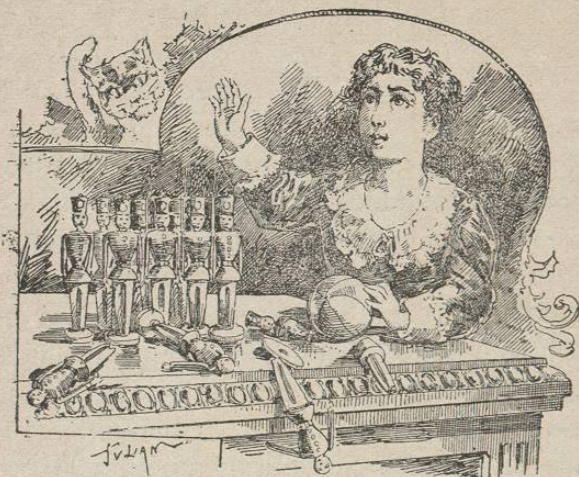
Como era natural, el rapaz distinguió al bicho y un pensamiento repentino cruzó por la mente del mozo, murmurando con aire pesaroso y volviéndose á tapar la cara con la gorra:

— ¡Anda que si yo tuviera una chaqueta como la del caracol, se me daría á mí un comino el chubasco!... Con un traje así, que no se cala, cualquiera se rie de la lluvia...

Y como su ropa no tenía la impermeabilidad de la de su vecino del pedrusco, el pobre muchacho continuó aguantando la mohina dado á todos los demonios.



BIBLIOTECA PUBLICA



La asonada

NADA, no cabía dudarlo; la guarnición del armario se había sublevado aquella noche: allí estaba la caja tirada por el suelo, los soldados amontonados, en desorden, descascarillado su cuerpecito de pasta, torcidos sus fusiles... Al capitán le faltaba un brazo... ¡Valiente oficial!... Sin duda había tratado de oponerse á la insubordinación, de contener el movimiento. ¡Ya sabía el niño que aquél era un militar pundonoroso y leal!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Pensando en el lance, fué el muchacho recogiendo la tropa, la llevó á la mesa del comedor y la formó en batalla; después sacó más soldados del cajón de los juguetes, encerró los primeros dentro de un cuadro de infantería, caballería y artillería, y cogiendo luego varios jefes, los colocó en grupo en una tabla del armario con centinelas, y supuso que allí se celebraba un consejo de guerra verbal, hablando él por los muñequetes, pronunciando la acusación fiscal y la defensa de los reos, la sentencia y las órdenes para ejecutarla, todo conforme á lo que él había oído contar á su padre de sus tiempos de servicio activo en la milicia.

No había sido posible la piedad; se trataba de un terrible motín de funestas consecuencias y lamentables ejemplos: el tribunal tuvo que sentenciar á los insurgentes á la última pena, á ser fusilados; pero como el castigo debía de ser pronto y eficaz y no se conocía á los autores de la asonada, se acordó que la fuerza fuera diezmada y que aquellos á quienes tocase el número fatal, pagaran con su vida el enorme delito de todo el batallón.

Entonces el niño separó de la fuerza sublevada varios soldados, los colocó en un

extremo de la mesa apelotonándolos, quitó de detrás la tropa que los custodiaba, y tomando una pelota, les arrimó dos ó tres pelotazos tremendos que derribaron los muñecos por el suelo, uno sin cabeza, otro sin peana, otro partido por la mitad del cuerpo... Después, el muchachuelo soltó al batallón insurrecto una arenga feroz, á gritos, excitándole al cumplimiento de su deber, conminándole con el castigo que acababan de presenciar; y luego, formando á los sublevados por secciones, los hizo desfilar por delante de las otras tropas, tendidas en batalla y firmes, presenciando su desfile é imitando con la boca las marchas de las músicas y los toques de clarines de la caballería y artillería. Concluída la ceremonia, recogió los juguetes en las cajas donde los depositaba por la noche, y se dirigió á peinarse, respondiendo á las voces de su madre.

Poco después, el gato entró espaciosamente en el comedor, andando con pasos cautelosos y prudentes, y se encaminó á oler aquellos restos de soldados de pasta que yacían desparramados por el piso: en cuanto el minino los vió y les aplicó la nariz, los reconoció, y después de examinarlos con detención, sin dejar de mirar á uno